Pedro Lemebel

de corazones olvidados

por Juan Castillo

El auditorio de la universidad está repleto, como nunca antes en una conferencia literaria. Viejos, estudiantes universitarios, de enseñanza media, pintores, escritores, intelectuales, médicos, psicólogos, negros, judíos, amarillos...

Demasiadas veces he intentado comprender qué es realmente la diversidad. La impresión que tengo es que se trata de una cualidad que nos permite respetar la infinidad de mundos que coexisten en nuestro megamundo. Pero

las definiciones revientan. El racismo de gente disfrazada o inconsciente de sí misma te golpea la cara. Convivir con un negro les resultó imposible. Y en destellos ves la mala leche de turistas esotéricos que invaden el poblado de San Pedro de Atacama robando el alma de los lugareños que, en la pobreza, observan con rabia cómo el cielo se les cae a pedazos.

Un montón de matices están a la puerta, y

la homosexualidad es uno más.

El escritor Pedro Lemebel aborda el tema de la diversidad y la homosexualidad desde adentro y lo interpola a ámbitos como la denuncia política, la marginalidad, el sida, el odio y el amor

odio y el amor.
Su difícil posición la defiende desde la literatura creando por primera vez en Chile (y tal vez en latinoamericana) una voz gay marginal cuyo tono viaja siempre junto al prejuicio del público ante un mundo desco-nocido que muchos dicen comprender y

El arte de Pedro Lemebel le permite romper el hielo y hacer de su condición un instru-

mento transgresor

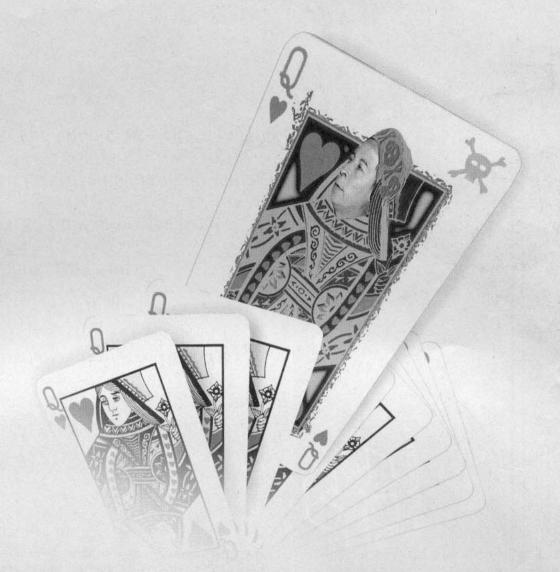
En octubre del 99, en el comienzo de su conferencia literaria en la UJSO, después de que el Director de Extensión diera su amplio reconocido currilum artístico, Pedro, trasvestido, se sentó en la testera, golpeó dos veces el micrófono con sus dedos para probar

el sonido, y con voz ronca saludó:
—Buenas noches —dijo al tiempo que se impresiona y rectifica—: ay, me salió como

hombre...

RATO ANTES

Lemebel está sentado al fondo del auditorio de la universidad. Cansado. Preguntas pánfilas y sagaces lo han estrujado durante el día. Ý pronto vendrá el plato fuerte. Coquetamente toma un pequeño bolso y saca un



espejo con el que enfrenta su cara.
—¿Pedro, consideras que Oscar Wilde fue

de los homosexuales

Esparce base en su rostro y comienza su acto. Antes ha colocado al rededor de su cabeza un gran pañuelo negro con estampados blancos que lo acerca a un kamikaze. Más de una vez precipitó su cuerpo, mente y sentimientos en suicidio social como un tren descarrilado en cubos de hielo.

¿Y en Chile existe una diferencia marcada

entre el gay cuico y el marginal?
—Evidente. Hay clases sociales, pero existen puntos en los cuales se juntan: los lugares de deseo. Ahí el deseo homosexual borra un poco las clases sociales. También están los gay cuicos que fueron el arreglo floral de la dictadura. Áquí no hubo una razzia contra la homosexualidad como la hubo en Brasil o Argentina.

Y a qué se debió?

—¿Y a qué se debió?
—Es que hay una parte de la comunidad gay que es reaccionaria. Como el Gonzalo Cáceres que peinaba a la Lucía Pinochet. Debes entender que Pinochet no iba a reprimir a ese tipo de afeminado. Por ejemplo, en la dictadura las discos gay estaban abiertas cuando había toque de queda. En el Fausto todas tenían un tío almirante, eso lo traduce un poco El beso de la mujer araña".

El maquillaje absorbido es el casquete de la

El maquillaje absorbido es el casquete de la máscara que se enfrenta a la calle, o al público como la luz roja de un auto marginal, y ella continúa sin mirar atrás cambiándose las zapatillas por unos zapatos rojos de tacos medianamente altos. Gruñe. Debe quedar energía para lo que viene.

—Aquí en Antofagasta se presentó Madame de Sade, de Mishima, y muchos la catalogaron como "un grito histérico homosexual". ¿Te

parecen necesarios los gritos?

—Sí. Siempre a las mujeres se les pone el mote de histéricas. Para imponer una conducta censurada, hay que hacerlo a gritos. Se habla

que los Mapuches son violentos, se habla que los pobres son violentos, que los negros son violentos. Y si no gritan ¿dónde quedan?" Un aire enrrarecido comienza a surgir.

Lentamente llegan admiradores, admiradoras, rémoras culturales e intelectuales, y otros santos oyentes. Pedro se distrae. Queda poco

Qué opinas de los escritores que escriben como si reprodujeran la tele?

No me atrae reproducir la hipnosis inepta de la televisión.

-¿Y en Chile tenemos mucho de eso? -Demasiado. Pero uno puede usar los medios para revertir la situación. Yo escribo de la televisión para criticarla. Lo que dice la Rigoberta Menchú es válido en este caso: aprender la lengua patriarcal, pero para maldecirla. Esa es su visión desde el punto de vista indígena. Hay que usar el tema, pero para revertirlo'

El rimel, las pestañas y el resto del disfraz no concuerdan con el ánimo mustio que se crea en el aire cabezón de la sala donde una impecable y gran mesa refleja nuestras caras disconformes y difusas.

—Ya, me aburrí —me dice para cortar el hilo.
—Yo también —le respondo.
Llega el diario, el fotógrafo y su parafernalia.
El aire enrrarecido va cambiando hacia un espacio de diversidad.
Verdadera.

El auditorio de la universidad está repleto, como nunca antes en una conferencia literaria. Viejos, estudiantes universitarios, de enseñanza media, pintores, escritores, intelectuales, médicos, psicólogos, negros, judíos, amarillos... y gays, por supuesto. Es extraño el encanto de lo diverso (que se puede confundir fácilmente con un fetiche).

La cháchara melodramática de Pedro Lemebel es efectiva y honesta. Va de la risa a la emoción y el sobrecogimiento, de la crítica social a la política. Nunca antes una conferencia fue tan entretenida. La reina de corazones olvidados no dictó cátedra. Habló como sabe: a

través de su vida y de su obra. O